

Memoria y ficción en *La lluvia de los inocentes* de Andrés Ibáñez

Norma Sturniolo

Andrés Ibáñez (Madrid 1961) es un escritor que pertenece a esa clase de escritores inclasificables como su último libro *La lluvia de los inocentes*¹. Su propia biografía nos enseña una trayectoria vital en la que la música, la creación literaria, la crítica literaria y musical y la docencia se entrelazan en una relación fecunda. No cree en la separación de los géneros pero ha escrito poesía, novela, relatos e incluso obras dramáticas en inglés y ha obtenido el Premio Ojo Crítico por *La música del mundo*, el Premio Bartolomé March a la Crítica por su artículo *Hacia una literatura simbiótica* el Premio NH de relatos inéditos por *El perfume del cardamomo* y el Accésit del Premio Rafael Morales por su libro de poesías *El bulevar del crimen*.

En su blog *Confluencias* aparece, a manera de epígrafe, una cita de Lezama Lima tomada del libro *Confluencias* del autor de *Paradiso*: «El saber que no nos pertenece y el desconocimiento que nos pertenece forman para mí la verdadera sabiduría» y en el mismo blog encontramos el párrafo completo en el que está inserta la oración del epígrafe y donde hay una afirmación que me parece un hilo de ariadna para transitar por las páginas de los libros de Andrés Ibáñez: «lo que se oculta es lo que nos completa».

¹ Andrés Ibáñez: *La lluvia de los inocentes*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2012.

El narrador en primera persona de *La lluvia de los inocentes*, que podríamos interpretar como una máscara del autor, se corresponde con el protagonista de lo que llamaremos memorias ficcionales. Si se considera lo biográfico como ficcional puede que ficcionalizando la biografía exista la posibilidad de hacer consciente lo que es ficción y lo que no lo es. Ya en el comienzo del libro encontramos una pista sobre lo que se nos va a narrar y qué mirada se adopta. Hay una mirada poética explicitada en la primera frase: «Mi habitación se abre a la lluvia» y una actitud soñadora, un reconocimiento de que los recuerdos del protagonista se parecen más a los sueños y si son sueños surge la posibilidad de narrar con libertad.

Cada uno de los capítulos de *La lluvia de los inocentes* describe el tiempo pasado, narra la experiencia vivida, soñada, sentida e inventada. El viaje personal hacia la infancia, adolescencia y primera juventud del protagonista que es español, madrileño y nacido en los años sesenta como su creador se convierte también en una recreación de la generación nacida en los sesenta y que por tanto no conoció la guerra, vivió la llamada *dictablanda* y el paso de la Transición a la democracia en una época de apertura cultural y de un acceso amplio a la Universidad.

El autor, al hablar de su generación, ha afirmado que ha sido una generación muy culta, con pocas ambiciones, muy ingenua, en cierta medida rebasada por los acontecimientos, y que no tenía nada épico que contar. Confiesa que creía que lo importante era la batalla de las Termópilas, la conquista de México o algo así de épico, y sin embargo, se dio cuenta de que lo que le pasó a su generación tiene tanto interés como la batalla de las Termópilas.

Tanto el autor como la publicidad del libro han insistido en ese aspecto de novela generacional. Sin embargo, destacaría en estas memorias noveladas todo lo relativo a la singularidad de ese personaje llamado Mateo Montañés, álter ego del autor, melancólico, soñador, lector compulsivo, visionario que persigue sus imágenes hasta el extremo del agotamiento, enamorado de las palabras con las que crea bosques maravillosos como sus bosques soñados. Seduce la recreación emocional y onírica que hay en muchos momentos del libro. No hace falta haber nacido en España en los años sesenta para que el lector sienta una fraternidad con el pro-

tagonista en determinados pasajes en los que habla del dolor, del amor desesperado, de los mágicos juegos de la infancia, de la temeridad necesaria para hablar de las cosas bellas, de la pasión desbordante por los libros, del amor a la palabra, a la música, de la iniciación fervorosa en la escritura literaria. Cuenta con delicadeza, y con precisión. Hay momentos luminosos en los que parece que las palabras del libro saltan de sus páginas y nos tocan. Muchos lectores sentirán que los pasajes intensamente subjetivos de *La lluvia de los inocentes* les conciernen. La realidad que se hace presente a través del roce de la realidad del otro está magníficamente descrita o la transformación de lo real a través de imágenes que a la vez son trozos de historias. Un ejemplo de esto último donde aflora una mirada irónica es el capítulo titulado «El abuelo del mar».

Los capítulos relativos a la infancia comunican el candor propio de ese periodo de la vida y a la vez transmiten la atmósfera reinante durante los últimos años de la dictadura en la que el autoritarismo y la mediocridad reinaban en las aulas y había un ambiente general de grisura. Se habla del instituto madrileño Ramiro de Maeztu en el que estudia Mateo Montañés, de sus profesores, compañeros, amigos. La casa familiar donde había muchos libros. En la *La lluvia de los inocentes* el protagonista realiza ese viaje al pasado a partir del momento en que está en la casa de sus padres, en la habitación de su infancia buscando en sus viejos papeles una novela que escribió casi siendo un niño. Pero en lugar de esa novela encontrará otras pertenencias del padre muerto, carpetas en las que, de pronto, descubre que debe de esconderse el pasado que buscaba, el pasado de su padre. Por eso también se intercalarán historias del padre anteriores a su nacimiento y nos encontramos con un capítulo lo titulado 1959, otro 1953 y de nuevo aparece el paso del tiempo, el asombro del hijo por las cosas que asombraban al padre. El tiempo se refleja en diferentes imágenes. El propio autor habla de la lluvia como simbolismo del tiempo, también hay otros símbolos que tienen que ver con la duración, la permanencia como una tortuga de cuando Mateo Montañés era niño embalsamada en un tarro de cristal lleno de alcohol y que hace pensar al protagonista:

«(...) su permanencia en el anaquel de madera sirve para darnos testimonio(supongo) de nuestra propia permanencia. Sí, seguramente desarrollamos un afecto y una fidelidad irracional por ciertos objetos o «recuerdos» en la creencia de que si ellos duran, nosotros duraremos también.»²

Con morosidad, el narrador va relatando el paso de los años, las primeras amistades, la fascinación por determinados objetos como una cajita de esmalte de Palek o la llegada del primer tomo de la Gran Enciclopedia Salvat. Hay un gusto por recordar todo lo que lo rodeaba en aquellos años de la infancia y a veces se vale de la enumeración, un recurso querido por el autor. El capítulo titulado *Los 60: Lista* es un ejemplo de la recreación de un mundo pasado a través de la enumeración.

En *La lluvia de los inocentes* se habla mucho de libros; de escritores que el protagonista fue conociendo en distintas etapas de su vida, de las primeras lecturas, incluso de los cuentos de Afanásiev con las bellas ilustraciones de Ivan Bilbin que le leía su madre. Con absoluta libertad narra con detenimiento lo que sucede en un libro como por ejemplo en el capítulo en que se refiere a *El tercer ojo* de Lobsang Rampa. Hay varios capítulos donde el protagonista cuenta su primer contacto con argentinos y en ellos habla de la gente que conoce personalmente y de los argentinos que conoce a través de lecturas como Jorge y Julio que son Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. Mateo Montañés descubre en la obra de esos autores la posibilidad de una literatura que sea a la vez adulta y fantástica, halla una definición de la literatura como territorio de la imaginación. En esos capítulos dedicados a argentinos se narra una historia que está contada de una forma tan creíble que nos hace pensar en la historia de Navidad de Paul Auster, llevada al cine, donde un personaje llamado Auggie Wren narra al escritor lo que le sucedió en Navidad. El Auster de la narración en un primer momento cree que esa historia es verdadera, luego cierto destello en la mirada de Auggie Wren le hace pensar que se la inventó pero concluye «Había conseguido que le creyera, y eso era lo único que importaba. Mientras haya una persona que se la crea,

² *Ibidem*, pág. 475.

no hay ninguna historia que no sea verdadera» y la historia de la argentina Elisa, del deseo y miedo que Mateo Montañés siente hacia ella y del pozo profundo de depresión en el que cae después de sufrir su rechazo tiene la calidad de una historia verdadera, como también nos parece verdadera la historia de Matilde y su final feliz. No es extraño que después de la historia de Elisa siga un capítulo titulado «Literacura» y que la escritura de una novela surgiera como curación para llevarse consigo todo el dolor que hace que el protagonista piense en el suicidio. La literatura ya no es solo una forma de placer y de conocimiento sino también de curación.

No quiero dejar de recordar los capítulos dedicados a la música, las maravillosas explicaciones de composiciones como *La canción de la tierra* de Gustav Mahler, la pasión por el jazz, y tantas referencias en los que el arte y la cultura son otras formas de amar.

La lluvia con la que empieza y termina el libro puede significar algo más que el paso del tiempo, puede simbolizar el parentesco con la luz tal como ha sido considerada en muchas mitologías y en la alquimia y si es así hay un mensaje esperanzado en esta historia verdadera de Mateo Montañés. Las palabras finales del narrador nos lo permite conjeturar:

Siempre que llueve parece que el cielo plomizo durará siempre. Perdemos completamente la fe, y comenzamos a vivir en el mundo de la lluvia. Estamos convencidos de que el mundo será siempre así, siempre triste, siempre gris, siempre húmedo. Porque siempre creemos que el mundo es exactamente como lo vivimos en cada momento. Pero de pronto la lluvia termina, sale el sol y todo cambia³ ©

³ *Ibidem*, pág. 475.